

## RESEÑAS

AMÉRICO CASTRO, *La realidad histórica de España*. Edición renovada.  
Edit. Porrúa, México, 1962; xxix + 479 pp.

La nueva edición de *La realidad histórica de España* —Primera parte, pues su autor anuncia ahora una Segunda— presenta con respecto a la anterior una reestructuración de la materia estudiada y nuevos temas de investigación, como el del anarquismo, que actualizan, diría yo, las tesis fundamentales del libro, llevándolas hasta nuestra actual situación histórica. Esto ya estaba implícito en las dos fases anteriores de la obra, pues nunca fue ésta un estudio técnico de una época del pasado español, sino que nació al calor de una inmensa pasión interpretativa, nobilísima preocupación por descubrir los secretos de nuestra historia, y por tanto de nuestras venturas y desventuras a lo largo de toda ella. Pero ahora esta preocupación cobra nueva dimensión; el método es aplicado a otros aspectos de las realidades hispanas, y toda la obra gana en intención totalizadora. Desde la ya lejana redacción de *España en su historia*, Américo Castro se ha dado un ímprobo trabajo por pergeñar su pensamiento, aclarar los matices y convencer de su exactitud a los lectores.

La importancia de este trabajo no necesita ser resaltada. Castro ha puesto en tela de juicio la interpretación tradicional de la historia española, ha dado nuevo sentido al pasado español, y ha obligado a todos los investigadores, acepten o no sus tesis, a replantearse con acuidad las líneas generales de su propia meditación. “Seamos dueños y no siervos de nuestra Historia”, dice Castro, y ante este principio me parece que todo el mundo estará de acuerdo. Las discrepancias empiezan en cuanto se trata de analizar en qué consiste este “dominio”.

Creo que el nacimiento de España, de nuestra España, al calor de la empresa reconquistadora no podrá ser discutido ya seriamente por nadie. Pero sí podrán ser discutidos los matices interpretativos —tan llenos de posibilidades— de este mismo fenómeno. Que antes de 711 no existía lo que con el tiempo llegó a ser España me parece evidente, partiendo de otros supuestos de los que Castro directamente enfoca: sencillamente porque no existían Castilla, Cataluña, Aragón y las demás regiones, sin las cuales no es concebible España. Un pensador tan fino como Prat de la Riba veía con encantadora ingenuidad en el *Periplo* de Avieno el primer vagido de Cataluña en la Historia. Hoy esto no puede ya sostenerse. Cataluña nace en la Edad Media, lo mismo que las demás regiones españolas. Aquella tendencia a identificar Gallaecia con Galicia, la Bética con Andalucía o el Estado visigótico con España peca irremisiblemente de idealista. Como Castro dice, los que así pensaban trataban de

engrandecer su Historia, anexionándole un pasado que respondía a otras realidades, aunque tuviera el mismo marco geográfico. Pero incluso en este punto son necesarias ciertas matizaciones. Castro dice que España nació como una consecuencia de la compleja interacción de las tres "castas" de cristianos, musulmanes y judíos en el territorio de lo que había sido Hispania, pasó a ser Al-Andalus y terminó siendo España. Ya sé que no piensa que esta interacción tuvo lugar en un territorio vacío, como si las tres "castas" hubiesen desembarcado en un área virgen. Pero me parece que da menos importancia de la debida a los elementos pre-islámicos en la formación de España. Si los cristianos que se refugiaron en las montañas del Norte iniciaron nuevos estilos de vida, no por ello borraron totalmente el pasado de la Península. Éste perduró, y no solamente en la forma de elementos folklóricos desvitalizados, notas del derecho germánico, etc., sino como aspiración y como realidad, que forzosamente tenía que combinarse con las nuevas circunstancias. Ciertamente, una cosa es el Estado visigótico y otra la aspiración a reconstituirlo, pero esta misma aspiración no es un dato de menor cuantía, sino integrante capital de la nueva mentalidad. La Hispania romana no es España, pero aquella primera unidad de la Península, el sentimiento hispano-provincial de Marcial, por ejemplo, o el patriotismo hispano-visigótico de San Isidoro ¿no influyeron absolutamente nada en el auto-pensarse de los españoles como tales españoles? Habría que tener presente también la importante afirmación de Bosch-Gimpera (*La formación de los pueblos de España*, México, 1945, p. 273): "Al romperse la aparente unidad visigoda, con la invasión árabe [...], reaparecen más vivos los núcleos indígenas en diferentes formas transitorias o permanentes, y de ellos partirá la nueva España medieval, como siempre que los pueblos españoles vuelven a encontrarse solos al quebrarse su superestructura". (Afirmación en la que ha insistido en un reciente artículo, "El problema de España", *CuA*, 1963, núm. 1, pp. 11-21: los nuevos reinos medievales seguirían con mayor o menor exactitud las líneas fronterizas de los antiguos pueblos prerromanos. ¿Habrá que pensar en un determinismo geográfico?).

Es evidente que Castro tiene razón al poner de relieve la importancia decisiva de la triple convivencia, cristianos, moros y judíos, en la forja de España. Pero olvida, o no concede la suficiente atención a otra pluralidad no menos decisiva: ésta, precisamente, de los diferentes pueblos, regiones o naciones que surgen en la Reconquista. Para Castro, España es Castilla y todo lo más algunos apéndices. En este punto es Castro enormemente tradicionalista, mero eco del dramático —por sus consecuencias— centralismo castellano. Acaso piensa también en aquel abrupto de Ortega en *España invertebrada*, de que Castilla ha hecho a España, y sólo cabezas castellanas serán capaces de reconstituirla. Si así lo cree, no se da cuenta de que esta actitud de Ortega tenía más de pedantería que de pensamiento. Sería estúpido regatear ahora a Castilla su papel en la creación de España; pero urge que todos reconozcamos que Castilla no estuvo sola, que España fue y es una empresa común, y que, nos guste o no nos guste, la realidad española es plurimembre. Uno de los puntos más simpáticos del pensamiento de Castro es su

continua preocupación por el futuro de España. Mucho me temo que esta deficiencia castellanista, y otras que procuraré indicar, comprometan gravemente la fecundidad de su tesis.

Con las reservas apuntadas, España fue hecha, como dice Castro, por cristianos, moros y judíos. Nunca le agradeceremos bastante la penetración de su análisis sobre cómo fue la vida en común de estos tres componentes de España. No obstante, incluso aquí, aceptando su idea básica, tienen que surgir forzosamente las desavenencias. Yo diría que el método de investigación empleado por Castro es insuficiente, y que los principios mismos en que este método está basado dejan mucho que desear. Castro rechaza el idealismo a la manera hegeliana, pero en su investigación de la realidad histórica de España se queda en otro idealismo, de tipo vitalista, no menos precario. Lo que dice, salvo posibles discrepancias de detalle, es probablemente cierto, y sin embargo tenemos la impresión de que la realidad histórica es otra, que englobará a las que él tan brillantemente expone. Su búsqueda de realidades vivas, y no de conceptos abstractos, merecerá el aplauso de todos. Pero fundamentado en esas filosofías vitalistas, que tan importantes han sido en la primera mitad de nuestro siglo, olvida que el primer principio filosófico desde los albores de la Filosofía en Grecia —que Ortega, sin embargo, no dejó de recordar en alguna ocasión— es que las cosas mandan. Ciertamente, la vida es lo fundamental. Pero la vida del hombre consiste en vivir, en hacer algo, en manejar e inventar las cosas, sometido —o en rebeldía— a principios éticos, jurídicos, económicos, etc., sin cuya consideración la “vida” se nos convierte en una dudosa abstracción; en este otro tipo de abstracción, que me parece regir la idea de la vida tan tenazmente sustentada por Castro. Lo cual le lleva a inventar conceptos como el “vivir desviviéndose”, la “morada vital”, etc., de extraordinaria belleza poética, pero, me parece, muy poco históricos. A lo largo de sus páginas tenemos la sensación de que la relación entre cristianos, musulmanes y judíos fue algo alucinante, singular, sin base en la tierra en que tenía lugar, una existencia predeterminada, sin salvación posible y sin esperanza. La Historia se convierte en determinismo. Porque es el concepto mismo de Historia lo que resulta extraño. La Historia debe historiar la vida humana, pero según Castro hay elementos historiables y otros que no lo son. Llega a decir que hay pueblos archicivilizados que no tienen Historia (no dice cuáles). Y así, con este criterio audaz de que unas realidades son historiables y otras no, se deja fuera móviles y fuerzas tan vitales como la ambición, el afán de poderío, las relaciones económicas y las clases sociales en ellas fundadas, etc.: todo eso, para él, es *psicología*, o datos positivistas. Lo único historiable son las creencias, no las realidades en que estas creencias se basan, y la manera de insertarse voluntariosamente cada grupo humano en su circunstancia histórica; y así lo que procede de estadios históricos —que pudieron haber sido de otra manera— se convierte abrumadoramente en Metafísica. Nadie lo toque. Así también va definiendo, con arreglo a su entender, lo que es español y lo que no es español. Al acercarse, por ejemplo, a la época contemporánea, lo español sería el anarquismo (no se lo discutiré yo), pero los hombres de la Ilustración, los constitucionadistas del siglo XIX, los socia-

listas, etc., no serían auténticamente españoles, sino superficial reflejo de doctrinas extranjeras. Establece de esta manera un valladar terrible, que hace añicos lo común humano. Cualquier intento de superar las deficiencias históricas será indicio de extranjería, de menos-ser. (Aunque Castro admite, no sé cómo, que el español podrá llegar un día a vencer su *fatum* histórico.)

A lo largo de toda la obra advertimos esa insuficiencia de los métodos. Según Castro, decisivo en la conformación de España fue que los españoles que iniciaron la Reconquista se llamasen a sí mismos cristianos y no españoles —respuesta al mahometanismo de sus enemigos. Consecuentemente, a partir de este momento su investigación se centra en la creencia, y en su confrontación con las otras dos creencias rivales de la Península. No se detiene a averiguar si esta religión absorbente, tan distinta de la francesa o de la del mismo Papado —¿distinta? ¿o la misma en otras circunstancias?— no es más que una superestructura, que obedece a otras realidades. Igualmente, como el cristiano es religioso y guerrero, abandona toda actividad intelectual y productiva a las otras “castas” que va dominando; se sirve de ellas, hasta que llega un día en que ya no las necesita por haber acabado la Reconquista, y entonces su propia creencia totalitaria le obliga dramáticamente a la expulsión. La convivencia se ha hecho imposible. ¡Qué cantidad de sugerencias ofrecen estas páginas! ¿Es posible admitir que todos los cristianos españoles fueron guerreros y frailes, que no hubo entre ellos desde los primeros tiempos hasta el siglo xvi trabajadores, hombres de oficios diversos, comerciantes, etc.? No creo que Castro lo piense así, pero no ha considerado “historiable” el estudio de las clases sociales, su ideología y sus necesidades, los problemas de repoblación, el nacimiento de la democracia municipal (que Castro rechaza, sin tomarse la molestia de refutar a Hinojosa), y a la vez el de una aristocracia terrateniente, y tantos otros aspectos de la vida humana, entonces y siempre. Para determinar qué clase de personas se dedicaban a los diversos oficios, usa Castro criterios lingüísticos. Así por ejemplo la palabra *alfayate* es árabe, y la palabra *sastre* francesa; *ropero* fue muy poco usada. Luego los sastres en España fueron primero musulmanes (o judíos) y más tarde franceses. Pero de igual suerte podríamos razonar: las palabras *bar* y *barman* —ésta todavía no del todo aceptada— son inglesas; luego los bares y sus propietarios o personal técnico en España y en Hispanoamérica son ingleses. Otros problemas suscitan estas páginas: el de la ausencia de lírica en Castilla, por ejemplo. No dice nada sobre la relación entre las jarchyas y la existencia de una primitiva lírica castellana —que eliminaría la idea de ser Castilla un pueblo exclusivamente épico. La misma noción de “casta” (por lo menos en los primeros siglos) es sospechosa, porque entre musulmanes y judíos ocurriría exactamente lo mismo que entre los cristianos, es decir que se formarían clases sociales, y que habría comunicación entre ellas, de otro tipo además del que Castro historia (aunque es posible que algunos de esos temas los haya dejado el autor para la Segunda parte de su obra). Los motivos de la enemistad entre cristianos y judíos, por ejemplo, no creo que se deban solamente a los aspectos destacados por él; hay otras raíces que no ha querido estudiar (aunque en lo estudiado

nos ha dado magníficas, briosas páginas). Parece que a Castro sólo le interesa la historia, diríamos, aristocrática. El pueblo, para él, sería "intrahistoria" a la manera unamuniana, es decir, no Historia.

Américo Castro tiene notoria propensión a subrayar, a exagerar sus tesis, aislándolas de su contorno social. Ha entrevisto cosas muy importantes, las grita con entusiasmo de descubridor, con altísima pasión; pero se niega a tocar tierra. Espantosas realidades (la de los conversos, por ejemplo), pero endeble, debilísima construcción. Ningún especialista de problemas políticos, económicos y sociales podrá admitir las ideas de Castro sobre estos extremos. Y no por una tesis previa optimista o pesimista, sino por la limitación del pensamiento del autor, tan rico en otros aspectos.

En resumen: *La realidad histórica de España* apasiona, alucina, sentimos que el autor nos introduce en un terreno movedizo y terrible, que en adelante no podremos honradamente desconocer; pero la fundamentación filosófica y metodológica del libro no nos satisface, y por ello, en definitiva, éste no nos convence.

ALBERTO GIL NOVALES

Middlebury College.

JERZY KURYLOWICZ, *Esquisses linguistiques*. Polska Akademia Nauk, Wrocław-Kraków, 1960; 310 pp.

Colección de artículos publicados en diversas revistas entre 1930 y 1960, en los que se estudian problemas de lingüística general e histórica de muy distinta naturaleza, y relativos a gran número de lenguas. Los que tienen mayor interés para la filología hispánica son aquellos en que se plantean cuestiones de método o se analizan construcciones de tipo románico.

Entre los primeros, uno de los más interesantes es el que inicia el volumen ("Linguistique et théorie du signe", pp. 7-15), en el cual se muestra el profundo paralelismo de estructura que existe entre los dominios de la semántica y la fonología. Tal es el caso de las leyes coincidentes propias de cada uno de los dos dominios lingüísticos, como la de relación entre contenido y empleo de un vocablo (a mayor empleo, menor riqueza de contenido y viceversa), aplicable también, por ejemplo, a la correlación *p-b*: la *b*, fonema de contenido más amplio (sonoridad), tiene función más reducida que la *p* (en algunas lenguas, no aparece en determinadas posiciones). También el segundo artículo del volumen, sobre "La notion de l'isomorphisme" (pp. 16-26), revela el estrecho paralelismo que existe entre la estructura de la sílaba y la de la proposición.

El problema de la sílaba es objeto, asimismo, de otro ensayo muy sugestivo: "Contribution à la théorie de la syllabe" (pp. 193-220). En esencia, se trata de la delimitación de la sílaba en el interior de la palabra, lo cual supone simplemente dividir las combinaciones consonánticas en una parte implósiva y otra explosiva (= fin + principio de sílaba). Sin embargo, esa división suele resultar difícil en muchos casos; dada la insuficiencia del criterio o método "léxico" —separación de los elementos consonánticos de acuerdo con su posibilidad de aparición al comienzo